

(192)

dimos, gran Dios, que el cuidado de su conservacion y de su salud. La historia de sus ascendientes es un título que nos responde del esplendor y de las prosperidades de su reinado; pero solo vos podeis asegurarnos la inocencia y la santidad de su vida. La gloria mundana es como una herencia recibida de sus padres, segun la carne, pero vos que lo sois segun la fe, dadle, Dios mio, la sabiduría que es la gloria y la herencia de vuestros hijos.

Que esté siempre su corazon en vuestras manos, y este será siempre mas grande que sus sucesos y sus triunfos; que os tema, ó Dios mio, y sus enemigos le temerán, le amarán sus pueblos, y será para el universo un espectáculo digno de la admiracion de todos los siglos; y como nada tendrém nosotros que temer en cuanto á su gloria, tampoco tendrém que desear para nuestra felicidad. Amen

SERMON

PARA

EL DOMINGO

DE RAMOS.

Sobre los escollos de la piedad de los grandes.

Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus.

Aqui está nuestro Rey que viene á vosotros, lleno de dulzura.

SEÑOR,

JESUCRISTO parece que en todas partes solo ejerce las funciones esclarecidas de su ministerio con una especie de miramiento, porque huye del entusiasmo de un pueblo que quiere aclamarle por su rey: elige la cima solitaria de un monte retirado para manifestar su gloria á tres discípulos, y los demonios mismos que quieren publicarla, se ven precisados á callarla y ocultarla, por orden suya.

Hoy se presenta como rey y habla como quien viene á tomar posesion de su imperio; admite los homenages públicos, y dispone, como dueño, del inocente aparato de su triunfo: *Dicite, quia dominus his opus habet.* (Matth. XXI, 3). Entra en el templo, y con castigos ejemplares restituye á este lugar sagrado el respeto que le quitaba un tráfico vergonzoso. Ya no es aquel hombre que se oculta de las miradas públicas, sino el hijo de David que da leyes, que ejerce una autoridad suprema, y que quiere que sean testigos de su zelo y de su poder todos los de Jerusalem.

Es pues en esto el modelo de la piedad de los grandes, á quienes no bastan las virtudes privadas sino que necesitan tambien las públicas; de nada serviria haberles manifestado sencillamente la piedad, porque lo esencial es demostrarles cual es la de su estado.

Aunque el evangelio propone á todos la misma doctrina, no propone á todos las mismas reglas; pues las obligaciones mudan con el estado, y cuanto mas elevado es, mas se multiplican; por eso

nuestros empleos requieren tantas mas virtudes públicas, cuanto son mayores los deberes que nos imponen; y si solo somos buenos para nosotros mismos, puede muy bien decirse que somos malos.

De este modo la piedad de los grandes tiene tres escollos que temer, los cuales pueden convertir en vicios todas sus virtudes. El primer escollo es el de una piedad ociosa limitada á sí misma, la cual los aleja de los cuidados y obligaciones públicas. Segundo el de una piedad débil, tímida y escrupulosa, que los hace irresolutos en sus empresas y en toda su conducta. Por último, el de una piedad crédula y estrecha que fácilmente se deja preocupar, y es incapaz de prescindir de semejante preocupacion una vez que se la ha admitido.

En suma los grandes necesitan que su piedad esté acompañada de la vigilancia pública que hace obrar, del valor y de la elevacion necesaria para decidir y emprender, y en fin, ó de los conocimientos que nos libran de ser sorprendidos, ó de una noble docilidad que se gloria de salir del error, desde el momento en que echa de ver la sorpresa.

PRIMERA PARTE.

Señor, la verdadera piedad mantiene el orden social, porque deja á cada uno en su puesto, y del estado en que le ha colocado la providencia, hace el único medio de su salvacion; no requiere una perfeccion quimérica en las cosas que Dios no exige de nosotros, pues no sale del orden de las obligaciones de nuestra condicion para imponernos otras diferentes, y mira como vicios las virtudes que no le pertenecen.

Cuanto altera la armonía pública es un exceso en el hombre, y no zelo y perfeccion de virtud; porque la religion desaprueba las obras mas santas si se substituyen á la obligacion; y todo es nada á los ojos de Dios, cuando no es lo que debe ser.

Hay pues una piedad peculiar de cada estado, el hombre público no es virtuoso: si solo posee las virtudes del hombre privado: el príncipe se extravía y se pierde, siguiendo el camino mismo que hubiera salvado al súbdito; y el soberano, por serlo, puede hacerse muy

criminal, mientras que como hombre es irreprochable.

Por eso, el primer escollo de los grandes es el de apartarse de los cuidados públicos y encerrarse dentro de sí mismos; y como su vicio mas comun es la indolencia y el deseo del descanso, es todavía mas peligroso é incorregible, cuando le disimulan con el pretexto de la virtud.

La gloria puede algunas veces sacar á los grandes del entorpecimiento de la pereza; pero aquel que tiene por principio una piedad mal entendida, está prevenido contra la gloria misma y no hay recurso para excitarle. Un resto de honor y de respeto para con el público y para con el empleo que uno desempeña, vence algunas veces los atractivos de una ociosidad vergonzosa, y hace que el soberano se acuerde de los pueblos á quienes es deudor; pero cuando un reposo indigno le ocupa en ejercicios de piedad, le parece honroso; porque puede uno avergonzarse de un vicio, mas se honra con él, cuando cree que es una virtud.

Pero, Señor, un grande, un príncipe

no ha nacido para sí solo, sino para los súbditos; porque los pueblos, al engrandecerle, le confiaron el poder y la autoridad; pero exigiendo en cambio su tiempo, su vigilancia y sus cuidados. No es un ídolo el que han querido elevar para adorarle, sino un vigilante que han puesto á su frente para que los proteja y defienda; no son aquellas divinidades inútiles que tienen ojos y nada ven, lengua y no hablan, manos y nada hacen, sino que son Dioses que van delante de los pueblos, como dice la Escritura, para guiarlos y defenderlos; y los pueblos son los que por orden de Dios los han hecho lo que son, y por consiguiente deben ser enteramente para los pueblos. Si, Señor, la elección de la nación puso al principio el cetro en mano de vuestros ascendientes, ella los elevó sobre el escudo militar y los proclamó soberanos. El reino se hizo despues hereditario, pero los sucesores le debieron en su origen al consentimiento libre de los súbditos; el nacimiento los colocó despues, por sí solos, en posesion del trono, pero los votos del pueblo fueron los que establecieron al principio este derecho

y esta prerogativa del nacimiento, en una palabra, así como el primer origen de la autoridad de los reyes viene de los pueblos, así no deben emplearla sino en favor de ellos. Los aduladores, señor, os repetirán continuamente que sois dueño de vuestras acciones, sin ser responsable á nadie de ellas, pero aunque es cierto que nadie está autorizado á pedir os cuenta, sin embargo, la debéis á vos mismo, á la Francia, que os aguarda y á toda la Europa que os contempla, sois señor de vuestros súbditos, pero si no teneis las virtudes de tal, solo os quedará el título, todo os es permitido, mas este permiso es el escollo de la autoridad, lejos de ser un privilegio, podéis descuidar los cuidados que os impone el trono, pero si no desempeñais sus augustas funciones, solo tendréis un vano título de rey, pareciéndoos á aquellos reyes holgazanes tan deshonorados en nuestras historias.

¿ Cual seria pues aquella fantasma de piedad que hiciese consistir la piedad de los grandes y del soberano, en temer y evitar las disipaciones de los

cuidados públicos, para entregarse únicamente en prácticas religiosas, como si fuesen hombres privados que solo tienen que responder de sí mismos; y para rodearse de un corto número de confidentes de sus piadosas ilusiones, separándose casi del todo de los demás hombres? Señor, un príncipe establecido para gobernarlos debe conocerlos; porque la elección de sus súbditos para los empleos es el primer origen de la felicidad pública; y no puede ser buena, cuando no se les conoce. Nadie ocupa el lugar que le corresponde, cuando el príncipe que gobierna á un estado, no juzga por sí mismo; porque el mérito no es atendido, siendo ó demasiado modesto para atreverse á solicitar, ó demasiado noble para no deber su elevación á bajezas, de lo que resulta, que la intriga suplanta los mayores talentos; los hombres que carecen de ellos, pero que son flexibles, obtienen los primeros empleos, y los súbditos mas beneméritos se inutilizan. Muchas veces un David, el único capaz de salvar el estado, no hace uso de su valor,

sino en el vicio de los campos contra las fieras, mientras que mandan los ejércitos del Señor capitanes tímidos á quienes aterra la sola presencia de Goliath. Frecuentemente un Mardoqueo, cuya fidelidad se halla consignada en los monumentos públicos, como que por su vigilancia descubrió en otro tiempo conjuraciones funestas al soberano y al imperio, es el único que por su honradez y su experiencia puede dar buenos consejos y desempeñar los primeros empleos, y sin embargo no es mas que portero de palacio, mientras que un orgulloso como Aman es el ministro que todo lo manda, abusando de su autoridad y de la confianza del monarca.

De manera que la oración y el retiro no son las ocupaciones esenciales de los grandes, sino que deben prepararlos para los negocios públicos y no apartarlos de ellos, pues estan en la obligación de sacrificarse contribuyendo al bienestar y á la felicidad de sus pueblos; porque las gracias de su condicion lo son de trabajo, de cuidados y de vigilancia;

y el que les promete, dice el Evangelio, que hallarán á Jesucristo en el desierto, ó en el secreto de sus palacios es un falso profeta : *Ecce in deserto, ecce in penetralibus, nolite credere* (Matth. XXIV, 26.) Allí se verán solos y entregados á sí mismos; porque Dios no está con nosotros en las situaciones que no nos prescribe, y la calma en que nos creemos mas seguros, es el abismo en que perecemos sin recurso, si la mano del Señor no nos conduce y sostiene. Una piedad ociosa y retirada no santifica al soberano, sino que le degrada y envilece.

¡Pues que! Señor, si aquel que por su elevada clase y nacimiento es el depositario de la autoridad pública se encerrase en un corto recinto de un pequeño número de obligaciones piadosas y secretas, quedarían abandonados los cuidados del reino, se estancarian los negocios, los subalternos abusarian de su autoridad, las leyes serian impotentes contra la injusticia y la violencia, los pueblos se hallarian como ovejas sin pastor, y todo el estado en la confusion

y en el desorden, ¿y Dios autor del orden público veria con complacencia una piedad ociosa que le destruye? y los pueblos expuestos á la merced de las olas no estarian autorizados á pedir cuenta á semejante piloto dormido é infiel, con mas motivo que los discípulos, estando en el mar, á Jesucristo, Señor, os es por ventura indiferente que perezcamos, y nuestro naufragio ó nuestra salud no es un negocio que os intereza? *Magister, non ad te pertinet quia perimus!* (Marc, IV, 38.) Autorizaria por ventura la religion unos abusos que la razon condena?

¿ Pero la religion no está íntimamente enlazada con el orden público ó cae ó se debilita con él? Las costumbres padecen siempre con la debilidad de las leyes y la confusion del gobierno es tan funesta á la piedad de los pueblos como á la prosperidad de los imperios; porque el buen orden de la sociedad es la primera basa de las virtudes cristianas, y la observancia de las leyes del Estado debe preparar el camino á la del Evangelio.

La iglesia con nada puede contar en un imperio cuyo gobierno nada tiene

fijo. Por eso los estados en que manda la muchedumbre ó participa de la autoridad con el soberano, expuestos continuamente á revoluciones, se apartan con la misma facilidad de las leyes como del culto de sus padres: las insurrecciones quedan tan impunes como los errores; la heregía encuentra siempre en tales estados su primer asilo, y se fortifica en medio de la confusion de las leyes y de la flaqueza de la autoridad; porque debe siempre su origen á sus progresos, á las turbulencias y sediciones públicas, y los reinados mas débiles y mas agitados han sido siempre, entre nosotros, como en todas partes, los que mas la han propagado y hecho poderosa; y desde que la armonía civil se desordena, la religion padece detrimento.

Por eso, Señor, los reyes mas santos de Judá unian las obligaciones de la piedad con la de su gobierno. El piadoso Josafat, cuando salia del templo, á donde iba diariamente á ofrecer sacrificios y holocaustos al Dios de sus padres, enviaba, dice la Escritura, á todas las ciudades de Judá hombres hábiles y sa-

cerdotes instruidos para restablecer la autoridad de las leyes y la pureza del culto, que las calamidades de los reinados anteriores habia alterado mucho.

El mismo David, á pesar de los piadosos cánticos en que se ocupaba y que eran su mayor delicia, los cuales servirán para instruir los pueblos y los reyes hasta el fin de los siglos, se presentaba á la cabeza de sus ejércitos; y al despacho de los negocios públicos; porque velaba sobre todas las necesidades del estado, y no pudiendo bastar por sí solo para todo, buscaba hasta los confines de la Judea hombres fieles para tenerlos á su lado, y que le sirviesen de ayuda en los cuidados del trono: *oculi mei ad fideles terræ, ut sedeant mecum* (Ps. C. 6).

Los reyes mas piadosos de vuestros ascendientes han sido siempre los mas laboriosos para los negocios de sus pueblos, y particularmente aquel á quien la iglesia honra con un culto público, se enteraba aun de los pormenores de las discordias de sus súbditos; y como era el padre de sus pueblos, no se desde-

ñaba de ser su árbitro. Zeloso de los derechos de su corona, queria trasmitirla á sus sucesores con el mismo esplendor y con las mismas prerogativas con que la habia recibido de sus padres; creia que la inocencia solamente de la vida no era bastante en un soberano, que debia vivir como rey para vivir como santo; y que no podia ser hombre de Dios sino era el hombre de sus pueblos.

Es verdad, Señor, que algunas veces la piedad de los grandes pasa al extremo opuesto; porque los llena de una multitud de cuidados y pormenores inútiles, creyéndose obligados á verlo y tocarlo todo por sí mismos, se detienen frecuentemente en examinar con la mayor atencion y zelo los asuntos mas indiferentes y despreciables, mientras que abandonan los de la mayor entidad: tienen los cuidados del hombre particular y no los del hombre público, pueden muy bien tener la piedad del súbdito y de modo alguno la de príncipe. Sin embargo, no deben abandonar el timon para ocuparse en cosas obscuras en que no se interesa la seguridad

pública; porque estan destinados, ante todo, á manejar los principales resortes de los estados que mueven toda la máquina; y en la piedad de los grandes todo debe ser grande

SEGUNDA PARTE.

Pero si la inaccion es su primer escollo, la incertidumbre y la indecision, consecuencias ordinarias de una conciencia tímida y escrupulosa, parecen igualmente temibles. No pretendemos autorizar aquí aquella sabiduría profana que quiere sean preferidos los intereses del estado á los del Evangelio, ni el error comun de que la exactitud de las reglas del Evangelio no es compatible con las máximas del gobierno y los intereses del estado.

Dios que es el autor de los imperios; no lo seria igualmente de las leyes con que se gobiernan? ¿Ha establecido por ventura potestades que no puedan sostenerse sino por el crimen? Y los reyes serian obra de sus divinas manos, si no pudiesen reinar mas que á la sombra

del fraude y la injusticia, siendo estas las compañeras inseparables de su reinado? No son pues la injusticia y el juicio los apoyos mas firmes de los reyes en su trono? No debe manifestarse en el semblante del soberano la ley de Dios como la primera del imperio? Las sociedades humanas no serian obra del Todopoderoso, ó su ley seria falsa, si fuese preciso violarla siempre para conservar la tranquilidad de aquellas.

¡ Que error, hermanos míos, el de persuadirse que los que tienen empleos, no deben atenerse escrupulosamente, á lo rigido de los preceptos religiosos; que los imperios y las monarquías no se gobiernan con las máximas de la religion, que la ley de Dios es la regla del hombre particular; pero que los estados tienen otra superior á la ley divina, que todo caeria en la inaccion y en la indiferencia si los negocios públicos se arreglasen segun las máximas del cristianismo, y que no puede conciliarse al mismo tiempo ser hombre de estado y hombre de Dios!

Pues que, hermanos míos, ¿ la justi-

cia, la verdad y buena fe serian funestas al gobierno de los estados y de los imperios? La religion en que estriban enteramente la felicidad y la seguridad de los pueblos y de los reyes, seria el escollo de unos y otros? Un brazo de carne humana sostendria con mas firmeza los reinos, que la mano del Todopoderoso ha levantado? Los pueblos no podrian conseguir la abundancia y la tranquilidad sino por los engaños y la mala fe de los que gobiernan? Y los ministros de los reyes solo podrian comparar el bien de su patria con la pérdida de su salvacion? ¡ Que ultrage para la religion y para tantos buenos reyes que solo por ella han reinado con felicidad!

Confesamos, Señor, que cuando el soberano es ambicioso y proyecta empresas injustas, sus ministros apenas pueden evitar el artificio y la mala fe, ó para ocultar las malas inclinaciones del príncipe, ó para dar colorido á sus injusticias. Pero sea el príncipe justo y temeroso de Dios, y entonces la justicia y la verdad bastarán para sostener el trono que han levantado ellas mismas; la ha-

bilidad de los ministros consistirá en su equidad y en su rectitud; y no se dará ya al engaño y al disimulo los nombres pomposos de arte de reinar y ciencia de los negocios. En una palabra, cuando hay Davides y Faraones amigos del pueblo de Dios, tendrán Natanes y Josés por ministros.

Espues deshonrar la religion, dice san Agustin, el pensar que no debe servir de regla para el gobierno de las repúblicas y de los imperios; (*S. Agust. de civ. Dei.*) pero se la ultraja igualmente cuando en una piedad mal entendida, se encuentran motivos de indecision y de incertidumbre, las que vislumbran en todas partes las apariencias del mal, y que oponen continuamente á las empresas mas justas y á las máximas mas importantes una fantasma de religion.

Es propio de la sabiduría humana y corrompida el ser tímida é incierta; porque cubierta siempre con falsas apariencias, nunca dejará de temer que una vista mas sagaz la penetre y arranque la máscara. Pero la sabiduría que nos viene del cielo, nos da mas tran-

quilidad y decision; porque se camina con mucha mas seguridad cuando solo quiere hacerlo con la haz; pues únicamente el hombre virtuoso tiene derecho á marchar con la cabeza levantada, y á desconfiarse de la prudencia tímida é incierta del hombre engañador: á la verdad corresponde solamente tener una santa altivez.

Por tanto, es formar una falsa idea de la piedad el figurarla siempre tímida, débil, indecisa, escrupulosa y encogida, que considera como un crimen sus obligaciones, y como una virtud sus flaquezas; que estando obligada á obrar nada se atreve á emprender; que suspensa siempre entre los intereses públicos y los temores de su piedad, no se hace uso de la religion sino para introducir la confusion y el desorden donde debiera haber establecido el orden y la regla. Estos son los defectos que se hallan unidos frecuentemente con la piedad humana; pero no lo son de la piedad verdadera; los produce un espíritu débil y limitado, pero no son consecuencia de la elevacion y sabiduría de la re-